

Pensamientos de paz durante una incursión aérea

VIRGINIA WOOLF¹

Los alemanes pasaron por encima de esta casa anoche y la noche anterior. Aquí están de nuevo. Es una experiencia extraña estar tumbada en la oscuridad y oír el zumbido de un abejorro que puede mandarte al otro mundo en cualquier momento. Es un sonido que impide pensar fría y coherentemente acerca de la paz. Pero al mismo tiempo es un sonido –mucho más que oraciones e himnos– que nos debería obligar a pensar sobre la paz. Porque a menos que podamos, a fuerza de pensar, convertir esa paz en realidad, nosotros –no este cuerpo en esta cama, sino millones de cuerpos que todavía no han nacido– restaremos tumbados en la misma oscuridad y oiremos el mismo ruido de muerte sobre sus cabezas. Vamos pues a pensar qué podemos hacer para crear el único refugio aéreo eficaz, mientras en las colinas resuenan la baterías antiaéreas y los reflectores buscan entre las nubes, y de vez en cuando, a veces muy cerca, a veces lejos, cae una bomba.

Allá arriba, en el cielo, jóvenes ingleses y jóvenes alemanes están luchando unos contra otros. Los defensores son hombres, los atacantes son hombres. Armas no se dan a las mujeres inglesas ni para luchar contra el enemigo ni para defenderse. Esta noche ella tiene que tumbarse desarmada. Ahora bien, si cree que la lucha que se está desarrollando en el cielo es una lucha de los ingleses en defensa de la libertad, de los alemanes para destruir la libertad, debe luchar con todas sus fuerzas en las filas de los ingleses. ¿Hasta qué punto puede luchar por la libertad sin armas? Fabricando armas o vestidos o alimentos. Pero hay otra forma de luchar por la libertad sin armas; podemos luchar con la mente. Podemos crear ideas que ayuden al joven inglés que está luchando allá arriba a derrotar al enemigo.

¹ Escrito en 1940 para un simposio norteamericano que trataba temas de mujeres. Traduzco el original inglés: «Thoughts of Peace in an Air Raid», en *The Death of the Moth and Other Essays*, The Hogarth Press, Londres, 1942, pp. 154-157. El presente texto ha sido extraído de VV.AA., *Guerras que yo he visto. Saberes de mujeres en la guerra*, Cuadernos inacabados núm. 45, Horas y horas, Madrid, 2001, pp. 47-52. Agradecemos a la editorial la autorización para reproducir este texto.

Pero para que las ideas sean eficaces tenemos que ser capaces de encender su mecha. Tenemos que ponerlas en acción. Y el abejorro en los cielos excita otro abejorro en nuestra mente. Había un zumbido en *The Times* esta mañana –una voz de mujer que decía «Las mujeres no pueden decir una palabra sobre las cuestiones políticas». No hay ninguna mujer en el Gobierno; ni en ningún puesto de responsabilidad. Todos los creadores de ideas que están en posición de llevarlas a la práctica son hombres. Este es un pensamiento que ahoga al pensamiento y da fuerza a la irresponsabilidad. ¿Por qué entonces no esconder la cabeza debajo de la almohada, cerrar los oídos y cesar en la actividad fútil de crear ideas? Pues porque existen otras mesas además de las mesas militares y las mesas de las conferencias. ¿No estaríamos dejando al joven inglés sin un arma de posible utilidad si abandonamos el pensamiento privado, el pensamiento alrededor de la mesa de té, todo porque parece inútil? ¿No estamos exagerando nuestra incapacidad, solo porque nuestra capacidad nos expone tal vez al insulto, tal vez al desprecio? «No cesaré de luchar mentalmente». escribió Blake. Luchar mentalmente significa pensar en contra de la corriente, no a favor de ella.

La corriente fluye rápida y violenta. Se desborda con el torrente de palabras que provienen de los altavoces y de los políticos. Cada día nos dicen que somos un pueblo libre que lucha por defender la libertad. Esa es la corriente que ha empujado al joven aviador hacia el cielo y que le mantiene dando círculos entre las nubes. Aquí abajo, con un techo que nos cubre y una máscara antigás a mano, es nuestro deber desinflar estos globos de aire y descubrir semillas de verdad. No es verdad que seamos libres. Ambos somos prisioneros esta noche –él encajonado en su máquina con un arma a mano; nosotras tumbadas en la oscuridad con una máscara antigás a mano. Si fuéramos libres, estaríamos al aire libre, bailando, en el teatro o sentados delante de la ventana hablando juntos. ¿Qué es lo que nos impide hacerlo? «¡Hitler!» gritan al unísono los altavoces. ¿Quién es Hitler? ¿Qué es Hitler? Agresividad, tiranía, el amor insano al poder, responden. Destruídlo y seréis libres.

El ruido de los aviones es ahora como si serraran la rama de un árbol por encima de mi cabeza. Gira y gira, serrando y serrando una rama directamente encima de la casa. Otro sonido empieza a abrirse camino en mi cerebro. «A las mujeres capaces –se trataba de Lady Astor hablando esta mañana en *The Times*– se les ponen obstáculos debido a un inconsciente hitlerismo en los corazones de los hombres». Ciertamente se les ponen obstáculos. Nosotros somos igualmente pri-

sioneras esta noche –los ingleses en sus aviones, las inglesas en sus camas–. Pero si él deja de pensar quizás le maten, y a nosotras también. Por tanto, vamos a pensar por él. Vamos a intentar hacer conciencia del inconsciente hitlerismo que nos oprime. Es el deseo de agresión; el deseo de dominar y esclavizar. Incluso en la oscuridad podemos verlo claramente. Podemos ver escaparates iluminados de día, y las mujeres que miran, mujeres pintadas, mujeres travestidas, mujeres con labios rojos y uñas rojas. Son esclavas que están tratando de esclavizar a otros. Si pudiéramos liberarnos de la esclavitud entonces liberaríamos a los hombres de la tiranía. Los “Hitler” son creados por los esclavos.

Cae una bomba. Todas las ventanas tiemblan. Las defensas antiaéreas empiezan a actuar. Arriba en la colina, debajo de una red tejida con trozos de tela verde y marrón que imita las hojas otoñales, están escondidos los cañones. Ahora todos disparan a la vez. En las noticias de las nueve de la radio nos dirán: «Cuarenta y cuatro aviones enemigos fueron derribados durante la noche, diez de los cuales por el fuego antiaéreo». Y uno de los términos de la paz, dicen los altavoces, será el desarme. No habrá más armas, ejército, armada o aviación en el futuro. Ni ningún hombre joven será entrenado para luchar con armas. Eso despierta otro zumbido en los compartimentos de mi cerebro –otra cita. «Luchar en contra de un enemigo real, ganar honor y gloria eternos disparando sobre completos extraños y volver a casa con el pecho cubierto de medallas y condecoraciones, esa era la suma de mis esperanzas... A ello había dedicado mi vida entera hasta ese momento, mi educación, mi entrenamiento, todo...»

Esas eran las palabras de un joven inglés que luchó en la pasada guerra. Frente a ellas. ¿creen honestamente los actuales pensadores que escribiendo “desarme” en un pedazo de papel en una mesa de conferencias han hecho todo lo necesario? La tarea de Otelo puede desaparecer, pero él seguirá siendo Otelo. El joven piloto allí en el cielo no está dirigido únicamente por las palabras de los altavoces; está dirigido también por voces que están dentro de sí mismo –instintos arcaicos, instintos alimentados y alentados por la educación y la tradición–. ¿Se le deben reprochar a él tales instintos? ¿Podríamos suprimir el instinto maternal por orden de una mesa llena de políticos? Suponiendo que el siguiente imperativo se encontrará dentro de los términos de la paz: «el ejercicio de la maternidad será restringido a una pequeña clase de mujeres especialmente escogidas», ¿nos someteríamos? Más bien diríamos: «El instinto materno es la gloria de la mujer. A ello se ha dedicado hasta ahora toda mi vida, mi

educación, mi entrenamiento, todo...». Pero si fuese necesario que, por el bien de la humanidad, por la paz del mundo, se tuviera que limitar el ejercicio de la maternidad y someter el instinto maternal, quizás las mujeres lo intentarían. Los hombres les ayudarían. Las honrarían por su rechazo a tener hijos. Abrirían otras posibilidades a sus poderes creativos. Y también esto debe formar parte de nuestra lucha por la libertad. Debemos ayudar a los jóvenes ingleses a expulsar de su corazón el amor por las medallas y las condecoraciones. Debemos crear actividades más honorables para aquellos que tratan de acabar con su instinto agresivo, su hitlerismo subconsciente. Debemos compensar al hombre por la pérdida de sus armas.

El sonido de sierra sobre nuestras cabezas aumenta. Todos los reflectores apuntan a lo alto. Apuntan a un lugar situado exactamente encima de este tejado. En cualquier momento una bomba puede caer en esta habitación. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... pasan los segundos. La bomba no cae. Pero durante esos segundos de suspense ha cesado todo pensamiento. Ha cesado también todo sentimiento, excepto un opaco temor. En la dura madera, el ser pendía de un único clavo. Es yerma la emoción del miedo y del odio. Apenas desaparece el miedo, la mente se despierta e instintivamente intenta revivir creando. Como la habitación está a oscuras, solo puede crear recurriendo a la memoria. Busca la memoria de otros agostos –en Bayreuth, escuchando a Wagner, en Roma, andando a través de la *Campagna*–; en Londres. Vuelven también las voces de los amigos. Trozos de poemas. Cada uno de esos pensamientos, incluso en el recuerdo, son mucho más positivos, evocadores, curativos y creativos que el opaco temor hecho de miedo y odio. Por ello, si tenemos que compensar al joven por la pérdida de su gloria y de su arma, démosle acceso a los sentimientos creativos. Debemos fabricar felicidad. Debemos liberarlo de la máquina. Debemos liberarlo de la prisión y llevarlo al aire libre. Pero, ¿de qué sirve liberar al joven inglés si el joven alemán y el joven italiano siguen siendo esclavos?

Los reflectores, ondeando a través de la llanura, han encontrado un avión. Desde la ventana se puede ver un pequeño insecto plateado que da vueltas y se contornea delante de la luz. Los cañones disparan. Luego el fuego cesa. Probablemente, el atacante ha sido abatido detrás de la colina. Hace poco un piloto consiguió aterrizar en un campo cercano. En un inglés aceptablemente bueno, les dijo a los que le capturaron: «¡Qué contento estoy de que la lucha haya

acabado para mí!». Después un inglés le dio un pitillo y una inglesa le ofreció una taza de té. Esto parece enseñar que si se consigue liberar al hombre de la máquina, la semilla no cae en tierra completamente estéril. La semilla puede ser fértil.

Finalmente, todos los cañones han cesado de disparar. Los reflectores se han apagado. La oscuridad natural de una noche de verano vuelve. Los sonidos inocentes del campo se oyen de nuevo. Una manzana cae al suelo. Un búho grita, volando de un árbol a otro. Y ciertas palabras medio olvidadas de un viejo escritor inglés me vienen a la mente: «Los cazadores se han levantado en América...» Vamos a mandar estas notas en fragmentos a los cazadores que se han levantado en América, a los hombres y mujeres cuyo sueño todavía no se ha visto interrumpido por el fuego de las ametralladoras, con la esperanza de que sean repensadas, generosa y caritativamente, y quizás reestructuradas en algo que sea útil. Y ahora, en la mitad oscura del mundo, a dormir.